JEAN MARIE GUSTAVE LE CLÉZIO. MÉXICO: EL PAÍS DEL POLVO Y DE LA LLUVIA

*Armando Pereira**

RESUMEN: Hay muchos escritores europeos –Aldous Huxley, Antonin Artaud, André Breton, Benjamin Péret, D. H. Lawrence, Malcolm Lowry, Graham Greene, Max Frisch, Italo Calvino, entre otros– que han viajado y escrito sobre México. Pero muchos de ellos, escribiendo sobre México, no han hecho otra cosa que escribir sobre ellos. Jean Marie Gustave Le Clézio vivió en México varios años y sus principales preocupaciones, en muchos de sus libros, no fue él mismo, sino México, los sobrevivientes que han guardado la memoria de sus ancestros. *Trois villes saintes* es un testimonio sobre eso. *Trois villes saintes* es un viaje a través de la selva de Chiapas y Yucatán buscando a los pueblos indígenas que guardan la memoria de sus antepasados.

ABSTRACT: There are many European writers –Aldous Huxley, Antonin Artaud, André Bréton, Benjamim Péret, D.H. Lawrence, Malcolm Lowry, Graham Greene, Max Frischi, Italo Calvino, among others– who have traveled and written about Mexico. However many of them, when writing about Mexico, have only written about themselves. Jean Marie Gustave Le Clézio lived in Mexico for many years and his main concern in many of his books was not writing about himself but about Mexico, namely the survivors who have kept the memory of their ancestors alive. *Trois villes saintes* serves as a testimony to that. *Trois villes saintes* is a journey through the jungles of Chiapas and Yucatán in search for indigenous people who strive to maintain their ancestral ties.

81

PALABRAS CLAVE: Le Clézio, palabra, agua, selva, México.

KEYWORDS: Le Clézio, word, water, jungle, México.

RECEPCIÓN: 8 de octubre de 2008.

ACEPTACIÓN: 24 de octubre de 2008.

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

JEAN MARIE GUSTAVE LE CLÉZIO. MÉXICO: EL PAÍS DEL POLVO Y DE LA LLUVIA

I

Jean Marie Gustave Le Clézio es, sin duda, el escritor europeo del siglo XX que más se ha interesado por México. O, para decirlo de otra manera, el que se ha interesado realmente por México, el que ha manifestado en su obra un interés mucho más genuino y objetivo por México.

Escritores como Lawrence, Lowry, Artaud, Breton, Peret y, en menor medida, Calvino, al hablar de México, no han hecho en realidad otra cosa que hablar incesantemente de sí mismos. Retratan el paisaje, la imagen cruda, mágica o simpática que los rodea, pero cuidando siempre de situarse, ellos, en el centro de la foto. No quiero decir con esto que en sus textos mexicanos no se esboce, y en muchos casos con claridad y con fuerza, una imagen de México en la que no podemos más que reconocernos; lo que trato de decir, y lo hago de la manera más precisa posible, es que en esos textos se prefigura, sobre la superficie del territorio mexicano, ante todo una imagen de ellos mismos. Como si al venir aquí hubieran venido a buscarse en otra parte, a seguir persiguiendo esas viejas obsesiones que los atormentaron en su Europa natal y que el paisaje mexicano debía no sólo corroborar, sino exaltar a un extremo inimaginable. Si el mezcal para Lowry o el peyote para Artaud no hicieron más que pronunciar o ahondar el cielo o el infierno que ya habían descubierto en sí mismos gracias a la ginebra,

al whisky, a la morfina o al opio, Breton y Péret vinieron a encontrar en México la ‘tierra por excelencia’ del surrealismo y la revolución que ardua o juguetonamente habían cultivado en Francia.

El caso de Jean Marie Gustave Le Clézio es completamente distinto. No viene a México con una idea preconcebida que deba corroborar o exaltar, no sabe exactamente lo que va a encontrar aquí, no sabe siquiera si va a encontrar algo realmente. “Yo no estaba seguro de lo que venía a buscar. Quizá el extrañamiento, o bien por el contrario la realidad, una cierta realidad que no figuraba en la formación que yo había recibido en Francia”,¹ escribe Le Clézio en *Ourania*. Y se dedica a recorrer el país con los ojos abiertos (limpios de fantasmas), a estudiarlo, a incorporarlo a su despierta subjetividad. De ahí nacen esos libros que denotan el interés real y objetivo que una nueva región y una nueva cultura despiertan en el viajero: si *La conquista divina de Michoacán*,² detrás de la que hay meses o años de investigación, es la relación minuciosa de la llegada de las tribus nómadas chichimecas (y sus dioses) a la región purépecha hasta dominarla y posesionarse de ella, *Le rêve mexicain*³ es uno de los relatos más amenos y sugerentes sobre la conquista de México por las tropas de Hernán Cortés, en la que dos sueños se enfrentan: el sueño de oro y de poder de los españoles y el sueño de los antiguos mexicanos que les ha anunciado el advenimiento de Quetzalcóatl y de sus dioses, que vienen del otro lado del mar, de donde nace el sol, y ante los que ellos no pueden más que someterse. Confrontación, entonces, de dos sueños opuestos (uno terrestre y pragmático, el otro celeste y divino) aunque complementarios, en donde se origina el verdadero drama de la conquista de México.

Pero no son los únicos libros en los que Le Clézio ha tratado de comprender y explicarse la historia y la cultura de ese país con el que

¹ Jean Marie Gustave Le Clézio, *Ourania*, 2006, París, Gallimard, 295 p. (p. 54). La traducción de todas las citas de los libros de Le Clézio en este ensayo es mía.

² Jean Marie Gustave Le Clézio, *La conquista divina de Michoacán*, 1985, México, FCE, 110 p.

³ Jean Marie Gustave Le Clézio, *Le rêve mexicain*, 1988, París, Gallimard, 274 p.

entra en contacto. Está también su traducción al francés de *Las profecías del Chilam Balam*,⁴ precedida de una puntual y esclarecedora presentación. O ese maravilloso libro, *Diego et Frida*,⁵ en el que por medio de la biografía de dos de los pintores mexicanos cuya obra marcó el arte del siglo XX, nos revela a un México contradictorio y convulso que entra, con toda la violencia de sus signos, en el escenario de la modernidad. O bien, por último, esa excelente novela, *Ourania*,⁶ que vuelve a la región purépecha, ahora en la época contemporánea, para escenificar una historia plural y polifónica que integra una enorme diversidad de registros: el amor, la amistad, el humor, la sátira, la parodia, la sexualidad, la explotación de los cuerpos, la crítica a la modernidad.

Pero no es de ninguno de esos libros de los que habremos de ocuparnos aquí, sino del primero que escribió sobre México, *Trois villes saintes*,⁷ esa mezcla extraña entre relato de viaje y mito, entre ensayo, leyenda y poesía.

II

Jean Marie Gustave Le Clézio ha definido a México como ‘la tierra de los sueños’ y lo ha comparado con países o regiones cuya imagen oscila entre la realidad y la fábula: Persia, Egipto, China. Y termina preguntándose: “¿Qué hace de México un país privilegiado por el misterio, por la leyenda, un lugar donde el momento mismo de la creación parece todavía próximo, mientras que al mismo tiempo se anuncia, inexplicablemente, el otro momento supremo, el de la destrucción del mundo?”⁸ Y es precisamente esa tensión irreductible entre dos polos opuestos (creación y destrucción) que se juega en el suelo mexicano,

85

⁴ Jean Marie Gustave Le Clézio, *Les prophéties du Chilam Balam*, 1976, París, Gallimard.

⁵ Jean Marie Gustave Le Clézio, *Diego et Frida*, 1993, París, Gallimard, 308 p.

⁶ Jean Marie Gustave Le Clézio, *Ourania*, op. cit.

⁷ Jean Marie Gustave Le Clézio, *Trois villes saintes*, 1980, París, Gallimard, 82 p.

⁸ Jean Marie Gustave Le Clézio, *Le rêve mexicain*, op. cit., p. 214.

la que ha tratado de estudiar Le Clézio en cada uno de sus libros sobre México y, en particular, el que será objeto de este ensayo.

Sin duda, uno de los libros más hermosos de Le Clézio es el que da cuenta de su viaje a la península de Yucatán en busca de los vestigios de la antigua cultura maya: *Trois villes saintes*. No se trata, sin embargo, del típico recorrido turístico por Chichen-Itzá, Uxmal, Tulum o Cobán. Los vestigios, las ciudades santas que él busca, son de otra naturaleza. No son las ciudades muertas, que se levantan con toda la majestuosidad y realeza del pasado contenido en ellas junto a grandes y no menos majestuosos hoteles de cinco estrellas en medio de la selva, acordonadas por cadenas protectoras, con horas de visita y tarifas preestablecidas. Las ciudades que él busca, en medio de la selva, son las ciudades vivas, a las que sólo conducen caminos estrechos y sinuosos, llenos de tierra y de polvo, las ciudades donde aún habitan, como en refugios, los sobrevivientes de esa cultura ancestral.

Antes de acceder a esas ciudades perdidas, olvidadas al fondo de la selva, antes de abandonar del todo los circuitos turísticos, en el centro de la encrucijada que debe llevarlo a otra parte, a su destino final quizá, lo primero que deplora el viajero es contemplar los antiguos asentamientos indígenas ahora devorados por el asfalto, las luces de neón que anuncian cualquier cosa comerciable y el ruido de los motores recalentados de camiones y autobuses: los restos sagrados de una añeja cultura de pronto recubiertos, como en un pastiche de Warhol, por la fealdad y el sin sentido de los signos de la modernidad. Penetrar en esas regiones sagradas, ahora arrasadas por el ruido y el polvo, es como internarse en un sueño:

Uno avanza, lentamente, entre los muros de los árboles, sigue las huellas, reconoce el itinerario del sueño. Sobre la plaza de Felipe Carrillo Puerto, al centro de la encrucijada, la iglesia vacía es un tambor que ya no resuena más. El Balam Na está vacío. Nadie habla. La cruz, la verdadera cruz, ha desaparecido. Otras cruces la han remplazado, son las cruces de madera muerta que parecen postes de luz. La casa del gobernador, las casas de los guardias, la escuela, las barracas de los esclavos, vacías también. El ruido está por todas partes, los radios, las rocolas de las cantinas, los

motores, los altoparlantes que difunden los mensajes de los vencedores. La nueva cruz es de asfalto, y sobre ella pasan los camiones.⁹

Y un poco más adelante, pero en el mismo sentido, continúa el viajero francés:

Las ciudades conquistan sus derrotas para siempre. Sus templos están vacíos, sus murallas ya no protegen más. Los dioses humillados desvían su mirada y olvidan a los hombres. Ahora hay un gran silencio, un gran vacío, como si la deflagración de la violencia, de un solo golpe, hubiera agotado todas las fuerzas de la tierra. El polvo cubre las hojas de los árboles, cubre las huellas de los pasos. Sobre la carretera a Chetumal, a Tulum, a Tihosuco, los camiones blindados –sus nombres llenos de desprecio y de odio: Pepsi, Cristal, Fanta, Misión, Carta Blanca, Wink, Orange Crush– devoran kilómetros de aridez, de sufrimientos. Pasan indiferentes; detrás de sus neumáticos se levanta el polvo y vuelve a caer, el ruido de sus motores barre las copas de los árboles, después desaparecen. Los árboles, aferrados unos a otros, están mudos. El murmullo y las palabras no podrán volver a propagarse.¹⁰

El texto está construido a partir de ciertas palabras clave –aridez, polvo, agua, espera, sueño, ruido, viento, luz, vejez, palabras, mirada, lluvia, sol, flor– que guiarán el sentido de la escritura hasta su resultante final. Se trata de palabras que, en el texto, funcionan como conceptos puntuales y esclarecedores que, unas veces, se oponen entre sí, otras, se acompañan mutuamente hasta inaugurar un espacio de significación en el que el sentido de lo que se dice se ilumina de pronto, abre sus haces en distintas direcciones, complejizando lo que parecía unívoco, cuadriculando esa línea recta del sentido, resolviéndola en encrucijadas, como los caminos en la selva, que apuntan en direcciones distintas, aunque no necesariamente opuestas. La escritura de este libro, de factura eminentemente poética, no es sólo la escritura circular del mito, que intenta volver a un lugar que siempre fue suyo, sino que, como

⁹ Jean Marie Gustave Le Clézio, *Trois villes saintes*, op. cit., p. 16.

¹⁰ *Ibid.*, p. 16-17.

ese astro calcinante que ilumina los polvosos caminos en el bosque, irradia su luz en los sentidos más diversos y aun inesperados.

La condición del viajero no es nunca la de permanecer estático en el lugar al que ha llegado, la de conformarse con lo que recibe en su primer encuentro, la de abandonarse a la bondad o a la estulticia de la imagen primera. La condición del viajero es justamente su paso, su paso incesante aunque no sepa adónde lo lleva, o más bien porque no sabe adónde lo lleva. Pero los pasos de un viajero lo llevan siempre a alguna parte. Ahora, por ejemplo, al final de ese camino de tierra que parecía no conducir a ningún sitio, al entrar a una ciudad vacía, abandonada por sus antiguos moradores, como quien ingresa en el pantanoso e incierto territorio de un sueño, el viajero opta por cerrar los ojos a la estupidez circundante –camiones, botellas, latas de refresco o cerveza, basura por todas partes– y se pregunta: ¿“Los hombres, las mujeres, dónde están?” Y enseguida, como si sólo el espacio imaginario escenificado por el sueño pudiera restituir ahí, ahora, lo que ya no está, lo que él, guiado por el deseo que rige sus pasos, ha ido a buscar allí, comienza a poblar ese espacio con los fantasmas de otro tiempo que, quizá, de alguna manera aún lo habitan:

88

Abandonados, solitarios, son invisibles. En el centro de la selva, a la puerta de las casas del sueño, los viejos soldados esperan, aunque no saben lo que esperan. Son los servidores del bosque. *Duermen las cruces* [en español en el original]. Ellos acechan su signo. Aguardan un ruido, un murmullo, un estremecimiento, que vendrá a la vez del centro de la tierra y del fondo del cielo, y que les dirá que el momento ha llegado. El sueño vacila desde la otra orilla, no demasiado lejos, tiembla en la frontera del bosque, y es que lo que se espera termina siempre por venir.¹¹

La espera es tal vez la condición que Le Clézio descubre como una de las características esenciales de los pueblos descendientes de los antiguos mayas. No están ahí porque sí, no han llegado ahí sin una razón que los guíe. De alguna manera saben (y seguramente lo saben mejor que nosotros) que, detrás de ellos, hay una historia que los

¹¹ *Ibid.*, p. 26.

determina,¹² que son precisamente sus antepasados, las creencias, los ritos, las prácticas de los que vivieron allí antes que ellos, los que dirigen sus pasos. Y quizá lo que esperan –por eso lo esperan con tanta certeza– sea el advenimiento de ese pasado, el reencuentro con los viejos abuelos, cuyos fantasmas habitan las ciudades vacías, cuyas voces mudas murmuran aún por los caminos polvosos, desde el pórtico de las casas. Saben también que ese advenimiento del pasado puede revestir distintas formas, no necesariamente la quimérica forma humana, sino también las inapresables formas de la luz o del agua, esos elementos que necesitan tanto para que la vida renazca, para que repita su ciclo en torno a ellos. En los rostros cobrizos y agrietados de los sobrevivientes, el viajero sorprende ese gesto paciente y seguro, esa firme certeza de que algo sobrevendrá, porque el desamparo no puede ser tan grande y definitivo:

Los hombres tienen más fuerza que sus dioses. No son sino simples soldados que conocen la necesidad. Las cruces tienen la eternidad delante de ellas, la eternidad banal; pero los hombres saben esperar, porque ellos tienen la memoria. Norberto Yeh, Abronsio Cauich, rostros cerrados, impasibles, parecidos a la tierra, del color de la tierra, endurecidos, pacientes, obstinados. No esperan ninguna riqueza. Solamente el agua que debe caer, el agua que debe hablar de nuevo.¹³

Y es que el agua, esa sustancia indispensable para la vida, separa a los habitantes de esas tierras áridas, reseca: mientras unos llenan sus piscinas y riegan sus jardines con el agua abundante que derrochan insensiblemente día tras día, otros carecen del agua necesaria incluso para beber, para sobrevivir al calor, al trabajo diario en el campo, bajo los rayos calcinantes del sol.

La sed es tan grande sobre la tierra. Durante el día, durante la noche, reseca los labios, aprieta la garganta, hace sangrar la punta de los dedos.

¹² Una historia que Le Clézio estudió detenidamente en relación con otro pueblo indígena: cfr. Jean Marie Gustave Le Clézio, *La conquista divina de Michoacán*, op. cit.

¹³ Jean Marie Gustave Le Clézio, *Trois villes saintes*, op. cit., p. 27.

Los campos tienen sed también, tierra agrietada, fisurada, labrada por surcos vacíos. Alrededor de la ciudad, los árboles de troncos estrechos están de pie, sombras en el aire helado. La noche parece de obsidiana. La noche reluce con su resplandor negro, inmenso, sin agua. El viento sopla. Pero no trae nubes, ni bruma. No trae sino el frío que corta las llanuras de piedra. El aire, la tierra, el cielo están desnudos. En otra parte, están las piscinas azules, las bañeras tibias, los estanques transparentes que recorren los palacios de los banqueros y de los comerciantes, las suaves praderas para las manadas de toros, las fuentes, los manantiales. En otra parte, sobre una mesa, hay un vaso de agua que se puede beber y remplazar sin cesar.¹⁴

En el centro de la selva, donde nace el agua, donde su ciclo se renueva estación tras estación, habita un hombre viejo, de rostro duro y dulce. Él sabe que el agua no nace fácilmente, que surge con el sufrimiento, como la vida, después que se la ha deseado, que se ha rogado por ella durante meses enteros. El rostro del viejo domina todo el espacio, no por la fuerza, sino simplemente con la mirada. Sabe que la historia no se ha interrumpido. En las ciudades, los hombres y las mujeres comparten el mismo espacio, respiran el mismo aire, las plantas y los árboles crecen de acuerdo a un mismo ritmo, las manos de los hombres hacen el mismo gesto, los labios pronuncian las mismas palabras. Nada se ha detenido.

El rostro del viejo –continúa Le Clézio– está cerrado y tranquilo, su poder es tan grande que las palabras extranjeras no llegan a él. Las palabras extranjeras permanecen donde están: tumulto, exclamaciones, nombres discordantes e inútiles. Los extranjeros son millones. Hacen arder sus fuegos, sus motores rugen. Beben su agua fácil, comen su pan sin ganas [...] En sus países violentos, los dioses no existen, no aparecen nunca. ¿Cómo podrían venir? El cielo está separado de la tierra por los techos y los muros.¹⁵

¹⁴ *Ibid.*, p. 47.

¹⁵ *Ibid.*, p. 50.

La imagen del viejo, en el fondo de la selva o en el centro de la ciudad, es también otro concepto fundamental en el texto de Le Clézio. Condensa el pasado de una cultura en trance de desaparecer, devorada por los signos torpes y tediosos de la modernidad, aunque es a su vez la condición de su memoria, de su duración en el tiempo, de su perdurabilidad. Es también su cadena de transmisión, el punto de contacto entre el pasado y el presente, entre los ancestros y los sobrevivientes. Pero, sobre todo, es el vigía, el que cuida que la historia continúe, que no se detenga, el guardián de los mitos y creencias que alimentan el espíritu de esos hombres que aún están de pie, que resisten el vendaval de los tiempos modernos que amenaza con arrasarlo todo. Es, además, el punto de contacto entre el cielo y la tierra, para que el agua (la vida) vuelva a caer, para que fertilice los campos y humedezca las gargantas de los hombres.

Por las noches, cuando los hombres duermen en sus hamacas, después de una jornada extenuante en los sembradíos de maíz, el viejo, solo, insomne, vela su sueño, que es el sueño de la ciudad. Vela el sueño de los hombres, pues esa es la única condición para que la vida vuelva a renacer.

Es aquí, sobre este desierto, que nace la mirada que vigila la tierra, los pozos, los árboles. Si el viejo baja la mirada, si los guardianes olvidan sus bastones a la puerta de la iglesia, si los hombres y mujeres se abandonan al sueño, entonces quizá el cielo quedaría para siempre vacío de nubes, quizá el maíz ardería sobre la tierra árida, quizá el sol que desciende al oeste jamás volvería a aparecer por el este. Es el lugar más vigilante de la tierra, el centro de la guardia, para que el agua pueda venir, para que nazca en el cielo por encima del mar y venga con el viento por los caminos y corra por los estanques y penetre por las grietas hasta el fondo de la tierra, el agua, la libertad [...] es necesario que venga, el agua, licor de los dioses, para que los niños y las mujeres beban, para que las raíces del árbol de la ceiba beban, para que el pueblo de animales y de hombres beba. En el agua del cielo se reúnen el hombre y la mujer, en el agua se reencuentran el cielo y la tierra.¹⁶

¹⁶ *Ibid.*, p. 52-4.

Así, a medida que el texto avanza, Le Clézio va estableciendo lazos, interrelaciones, entre los conceptos que le permiten desentrañar, sin abandonar nunca los caminos del mito y de la poesía, ese nuevo territorio al que el viajero ingresa inadvertido, sin asideros teóricos previos o preconcebidos, sin pedirle nada prestado a las ciencias preestablecidas (sociología, etnología, historiografía, antropología). Y es tal vez ese uno de los grandes valores de este libro: que no parte de un *pre-juicio* establecido de antemano por la ciencia, que no se enclaustra en el estrecho marco de los conceptos que esa ciencia ha elaborado con anterioridad para estudiar ese fragmento del mundo al que se aboca. Aunque tampoco se trata de ese acercamiento inocente y naïf, generalmente bobalicón, que sólo puede desembocar en exclamaciones de asombro y complacencia. Hay, sin duda, un cuerpo de conceptos que le permiten penetrar en esa realidad ajena y extraña que lo rodea, pero, en su caso, esos conceptos nacen de manera espontánea del contacto que el viajero establece con ese nuevo territorio al que accede, con su gente, con sus voces, con sus caminos agrietados, con sus ciudades santas. De alguna manera, esos conceptos estaban ya ahí, expuestos a los ojos que saben mirar sin telarañas preestablecidas, a una inteligencia abierta y sin prejuicios. A él sólo le corresponde establecer ciertos lazos entre ellos para que se produzca el sentido, lazos que a veces resultan nudos, porque son varias hebras (o sentidos) las que se enlazan, abriéndose siempre a nuevas correspondencias.

El paralelo entre el agua y las palabras, por ejemplo, es uno de ellos. Si la tierra y las plantas y los animales (también el hombre) necesitan el agua para que el ritmo de la vida los perpetúe, el hombre necesita las palabras para reconocerse, para entrar en contacto consigo mismo y con los que lo rodean, para encontrar su continuidad, ese lazo que lo liga con sus ancestros, que le permite saber que no está solo, que lo dota de un sentido; pero, sobre todo, el hombre necesita las palabras para descubrir su lugar y su camino en ese mundo que lo rodea y que poco a poco, debido a la invasión de los ruidos de la modernidad, parece perder, en la confusión circundante, todo camino, todo sentido posible. Las palabras son entonces el agua que alimenta la subjetividad de los

hombres, que les permite existir, reconocerse, ser el otro, ser sobre todo ellos mismos.

El silencio reina sobre la noche negra y seca que descende sobre la ciudad. El viejo, solo, con los ojos insomnes, vela el sueño de los hombres y cuida las palabras. Sabe que las palabras deben volver, con el agua, porque son la memoria ancestral de la ciudad sagrada, las palabras, que insuflan vida a los árboles, al viento, al fuego, a los animales, al hombre, a todo cuanto existe.

No son los caminos de polvo los que conducen a la cruz. Es la ruta de la mirada y la memoria de las palabras que han resonado antaño sobre el imperio, las ardientes palabras que han levantado a los hombres de las ciudades contra el ejército y los cañones de los extranjeros [...] Las palabras no se han extinguido. Vibran sin cesar sobre el desierto, sobre la selva umbría, sobre los campos de maíz, sobre las bocas de los pozos. En la noche callada brillan en el centro del cielo negro, iluminan la tierra con su extraño resplandor pálido y lejano [...] Cuando no queda nada, sino las ruinas y las tumbas, las palabras penetran los rostros y los labios se cierran sobre ellas. Las palabras entran en los troncos de los árboles y la corteza dura se aprieta contra sus cicatrices. Las palabras regresan a los pozos de donde habían salido, hacia el último refugio del agua. Al fondo del espacio, más allá del horizonte, las palabras están ocultas y nadie puede escucharlas. Aunque solas, las miradas hablan todavía. Las miradas están fijas y fuertes, no abandonan el lugar donde los hombres han nacido. Las miradas no conocen el odio ni la venganza. Miran siempre hacia la fuente del agua, hacia el porvenir.¹⁷

Y un nuevo lazo, un nuevo nudo, se establece ahora entre la palabra y la mirada, pues hablar es también una manera de mirar y sólo miramos a través de las palabras. Las palabras perfilan la mirada, nos permiten distinguir el mundo, cada una de las cosas del mundo, y el mundo empieza a existir por medio de ellas. Una mirada sin palabras sería una mirada ciega, indistinta, no vería nada. O vería sólo la apretada noche de su silencio. La mirada, las palabras que recorren el

¹⁷ *Ibid.*, p. 55-7.

ARMANDO PEREIRA

mundo, que lo diferencian, que le dan un orden, que le dan un sentido, son como el agua que penetra la tierra y la fertiliza.

El viajero, entonces, de pronto, a mitad de la ciudad vacía, bajo el peso del silencio de las palabras insignificantes y superfluas, en el centro de la noche negra sin nubes, rodeado por las miradas fijas que hablan más fuerte que cualquier palabra vana, que sólo hablan desde las palabras de una lengua ancestral que de alguna manera ha hecho suya, se pregunta: “¿Ahora que la guerra ha terminado, dónde están los vencidos?”¹⁸ Y a renglón seguido se responde:

Los hombres semejantes a la tierra, los hombres semejantes a los árboles, los hombres que tienen la piel del color de la tierra, las mujeres cuya piel es del color del maíz, aquellos que no viven sino por el pan y el agua, jamás son vencidos. No son las riquezas lo que desean, ni el poder sobre las tierras extranjeras. Ellos no buscan más que el orden del mundo que habitan, obstinadamente, por el solo poder de la mirada y de la palabra.¹⁹

El viajero no se detiene demasiado, lo contempla todo un instante y lo guarda para sí, luego continúa paso a paso internándose en la selva, escapa a las carreteras de asfalto, en las que los camiones y autocares turísticos hacen sonar sus bocinas y escupen el humo y el ruido de sus motores. Él conoce ya todo eso, viene de ahí, ha huido de ahí: ese ruido vacío y sin memoria, ese ruido bobo, catatónico, definitivamente no le interesa. Penetra sin prisa por los caminos de polvo, bordeados por hileras de árboles flacos que extienden sus ramas secas hacia el cielo. Sus pasos levantan nubes de polvo que se aprietan a los tobillos, los buitres hambrientos sobrevuelan su cabeza, las moscas silban obstinadas en sus oídos. Atraviesa extensiones arrasadas donde alguna vez se levantaron ciudades habitadas por los dioses y los hombres, jardines, templos de escaleras verticales y serpenteantes, amplias avenidas entre los santuarios. Ahora ya no queda nada de todo eso, sino montículos de tierra seca, polvo. Si acaso, sólo quedan los nombres, como escritos

¹⁸ *Ibid.*, p. 57.

¹⁹ *Ibid.*, p. 57-8.

sobre lápidas de tumbas. Y el silencio, un silencio duro como piedra, que lo recorre todo. El viajero dirige sus pasos hacia el centro de la selva, algo le dice que va a llegar, que allí, fuera de las rutas turísticas, algo distinto lo espera:

Allá abajo, los hombres duermen sobre ellos mismos, sin sueños, rodeados de sus signos malditos, solitarios, sin defensa, a la orilla de las encrucijadas de asfalto, a la sombra de camiones, hangares, depósitos. El viajero sigue sus pasos, abandona todo eso, camina solo por el camino de polvo, y se aproxima a la verdadera ciudad viviente, a la capital del país silencioso, en medio de la selva, donde cesa la sed y la fatiga, donde se canta, donde se reza, la ciudad santa.²⁰

Y de pronto todo el paisaje alrededor del viajero empieza a cambiar. Esos nudos de significación, que han formado ciertos conceptos —agua, silencio, mirada, polvo, palabras—, comienzan a dar sus frutos, establecen nuevos lazos, nuevas correspondencias, se extienden en nuevas líneas significativas que inauguran un, hasta ahora, inédito espacio textual: las flores rojas, de largos pistilos amarillos, despuntan en los matorrales y en los árboles a lo largo del camino, flores rojas que brillan en medio del polvo, flores misteriosas y repentinas que expanden su perfume por todo el bosque, que parecen guiar al viajero hacia ese nuevo territorio de sentido en el que debe concluir su viaje.

Sobre los caminos que vienen del norte, del este, del sur y del oeste, las flores guían los pasos. Pero es del oriente rojo de donde viene el mensajero, el trueno rojo, el hombre que trae la lluvia. Sobre los árboles umbríos, en medio del polvo, las flores rojas brillan con fuerza. Nos llaman. Ellas quieren que se camine, sin descanso, hacia la ciudad. Desde hace mucho tiempo, día tras día, resplandecen al sol, bajo el cielo vacío. La tierra vibra ahora, los árboles tiemblan, el aire silba. Son las voces de los hombres las que llaman, en su fiebre, las voces que rezan, las miradas que buscan. Al fondo de las grutas de piedra, responden los gritos de los sapos.²¹

²⁰ *Ibid.*, p. 67.

²¹ *Ibid.*, p. 69-70.

Cuando el viajero accede al fin a la ciudad santa, ese espacio que anuda todos los lazos de significación y al mismo tiempo se abre hacia un nuevo sentido, siente que todo su cuerpo se inflama y se desborda, se precipita hacia el corazón de la ciudad, danza en el centro de la plaza, borracho de música, de palabras, ebrio de oraciones y de incienso, como todos los que participan en la fiesta. Los hombres que habitan la ciudad han despertado de su sueño y preparado el camino para que el viajero arribe, para que concluya al fin su largo viaje a través del polvo. “Desde hace días, desde hace meses, los hombres rezan, ayunan, preparan las fiestas. Se canta durante el día, durante la noche. Los hombres claman. Nos llaman como los pájaros con sus voces agudas y urgidas, o bien silenciosas como la tierra, con sus rostros, con sus cuerpos.”²²

Al llegar a la ciudad, el viajero contempla, con los ojos desorbitados, el sacrificio ritual que los hombres ofrecen a sus dioses, como una necesaria y justa retribución por lo que han recibido de ellos, pero sobre todo, como una forma puntual e impostergable de sellar el pacto ancestral entre el cielo y la tierra.

El primer día Mac los viejos veneran a los cuatro Chac y al dios Izamna. Es Tup Kak, la extinción del fuego. Los animales están reunidos en el recinto del templo. El sacerdote del sol y los cuatro representantes de los Chac están de pie en cada ángulo del patio, un cántaro de agua en la mano. Al centro, arde el brasero de madera seca lleno de copal. Los hombres extraen los corazones de los animales y los arrojan al fuego. El olor de la carne quemada y del incienso suben hasta la boca del cielo: es su alimento. Los hombres elaboran efigies de corazón de jaguar con pasta de copal y las arrojan a las llamas. Cuando el fuego ha consumido los corazones, los cuatro Chac se aproximan y vierten el agua de los cántaros sobre el brasero. Las llamas se extinguen. Nosotros vemos todo eso desde nuestros escondites en las nubes y nos ennoblece. Extendemos los brazos por encima del mar, escuchamos los tambores y los cascabeles. Los cantos nos llaman.²³

²² *Ibid.*, p. 72.

²³ *Ibid.*, p. 73-4.

Un nuevo giro se ha producido en la escritura del texto, ahora ya no en el plano conceptual, sino a nivel pronominal, el paso de la tercera persona del singular a la primera persona del plural: el paso del 'él' al 'nosotros' inaugura otro territorio de significación que se perfila ahora como definitivo: al ingresar a la ciudad, al participar como uno más de los danzantes en los rituales de la fiesta sagrada, el extranjero ha desaparecido; el viajero no sólo ha concluido su viaje, sino que, ante todo, ha terminado integrado a esa celebración coral de la que todos participan, a esa fiesta, a esa algarabía, a ese encuentro entre los dioses y los hombres del que nadie puede quedar excluido, en el que el viajero, al llegar ahí, pierde su condición de viajero, para ser uno con los otros, esa comunión que lo reúne todo y todo lo integra en el corazón de la ciudad santa.

Y entonces la fiesta, la fiesta sagrada dedicada a los dioses en la que todo el pueblo participa para ganar su benevolencia, su gracia, para que el agua vuelva, para que el agua caiga una vez más sobre la tierra, para que fertilice los campos, para que traiga las palabras que nacen de la mirada, para que traiga la vida y la alegría de los hombres.

Con la descripción de esa fiesta sagrada a mitad de la selva Le Clézio concluye el relato de su viaje a una región en la que el antiguo espíritu de los pobladores de esas tierras no se ha extinguido, sobrevive aún, a la catástrofe utilitarista de la modernidad, en los ritos y las creencias que reúnen a todo un pueblo en la celebración del eterno ciclo de la vida que ahora, allí, recomienza.

Aquí es el centro de la tierra, un sitio en calma, aislado, donde las voces de los hombres pueden hablar desde su interior hacia el cielo, hacia el horizonte. Nadie habla en realidad. Nadie dice nada importante. Los hombres ebrios titubean. Los jóvenes duermen en las hamacas. Las mujeres cocinan los frijoles sobre el fuego, entre las piedras.

Los hombres marchan hasta la casa de Segundino Coh, llevando sus escudillas. Después, desfilan hacia la iglesia. Los músicos van adelante: el violín, la guitarra, el tambor. Los hombres están vestidos de blanco, los pies calzados en huaraches de hule.

Con los pies desnudos entran en la casa de la cruz. Depositán sus escudillas llenas de viandas y de frijoles delante de la cruz, que está

vestida con su hábito. A la izquierda de la cruz, hay un trono adornado con flores rojas. En el interior de la iglesia la oscuridad es densa. Las llamas de los cirios brillan, las brasas del copal exhalan un humo pesado. Los hombres y las mujeres están de rodillas. Rezan.

[...]

En el centro de la selva, la voz no cesa de hablar. Habla sin despegar los labios, desde el interior de la casa de la cruz. Los malditos, los impíos, están lejos. ¿Existen todavía? Están presos en sus piedras, en sus muros, en su desierto. Aquí la mirada se aclara, brilla como el sol, late como un corazón. La mirada sabe ver lo que va a venir. Cada hombre es un profeta que ve con todo su cuerpo, con su rostro, con sus manos, con su pecho. Es el sufrimiento el que se abre a su vista, la gran aridez, la larga espera. Ahora la tierra vibra al salir el sol, inmóvil y en calma, poderosa, nueva. Sobre las ramas de la ceiba enorme, los hombres están sentados. Contemplan delante de ellos el círculo de la ciudad, los campos de maíz, la selva oscura.

[...]

Hay un gran silencio y una gran calma. Al llegar la noche, las primeras gotas de agua fría caen sobre las hojas de los árboles, sobre los techos de las casas.²⁴

Hasta allí no llegan ya el ruido de los motores, el fétido olor de los basureros, la música altisonante de las vitrolas, las luces enneguecedoras de los anuncios de neón, las palabras vacías y superfluas de las ciudades paganas, esos signos de la nueva barbarie con los que la intolerancia de la modernidad ha tratado de arrasar todo lo que no sea ella. Allí, en medio de la selva, a la luz de un alba siempre diferida, la palabra del silencio vibra aún, recuerda, conserva lo que siempre fue suyo, lo que siempre será suyo.

²⁴ *Ibid.*, p. 77-82.